

# EL XINANTECATL

BIBLIOTECA NACIONAL  
MEXICO

SEMANARIO INDEPENDIENTE DE PROPAGANDA LIBERAL.

Director, Fundador y Responsable, MARGARITO GONZALEZ.

Registrado como artículo de segunda clase.

Dirección: apart. post. núm. 36

## CRONICAS DOMINICALES.

Han muerto ya las últimas flores del año. Se han ido, formando con sus pétalos, un rico y gentil cortejo al mes de Agosto que se aleja adornado con las galas que le prodiga su eterna y bien amada novia, la ardiente vida que palpita en las entrañas de la fértil tierra. Septiembre llega. Ya no habrá para él las flores delicadas que simbolizan el casto amor de los enamorados, ya el clavel no abrirá su rojo broche, urna voluptuosa en que se agita el perfume acre de la sangre de sus pétalos, ni la margarita hará brillar al sol, la blanca nieve de sus hojas.

Septiembre es el mes de la Patria.

Para él crecen en el obscuro fondo de nuestras selvas, la enhiesta palma, que lanza al cielo los afilados dardos de sus hojas, y el triunfador laurel que espera con ansia el momento en que pueda formar con sus tallos, la honrosa corona que morirá cifiendo estrechamente la frente del patricio.

Septiembre es para nosotros la representación del sentimiento patrio que se desborda, es algo sublime que hace vibrar en el fondo del alma, todo lo grande, todo lo augusto y todo lo noble.

Al estruendoso clamoreo de las campanas, al vibrante sonido de las épicas notas de nuestro himno treman los nervios, y resurge del rincón polvoroso de la memoria, la inmaculada figura del Padre Hidalgo, envuelta en la impalpable vestidura que le formarían las bendiciones de un pueblo libre.

Brota espontáneo de los labios el grito de entusiasmo que enardece á la multitud, y al través del diáfano velo de las lágrimas, se divisa eternamente puro y eternamente heroico al apóstol y mártir de la libertad, que sonríe tranquilo con la plácida sonrisa de los justos.

¡Ave, Hidalgo!

\*\*\*

Han caído las hojas de los árboles, arrastrando en pos de sí los palpitanes nidos. La vida se extingue poco á poco al contacto del viento del Invierno. Ya el sol no es el príncipe Febo, que derrocha su juventud ardiente, de ascua de oro. Ya su beso no anima á la flor que en líbricos espasmos, erige su corola para cantar el himno de la vida y el amor. Baján sus rayos pálidos enervando cuanto tocan y se siente el frío infinito del alma que sucumbe.

TRIBOULET.

## CUENTOS ESCOGIDOS.

### El abanderado.

(Traducción de Enrique Gómez Carrillo.)

El regimiento estaba en batalla, sobre un repecho de la vía férrea, sirviendo de blanco á todo el ejército prusiano, amontonado enfrente, bajo el bosque se fusilaban á ochenta metros. Los oficiales no cesaban de gritar ¡acostaos; pero ningún soldado quería obedecer y el fiero regimiento seguía de pie, agrupado al rededor de su bandera. En ese gran horizonte de sol poniente, de trigos en espiga y de pastos de ganado, aquella masa de hombres, atormentados y envueltos en el manto inmenso de la humareda confusa, tenía el aspecto de un rebaño sorprendido á campo raso en el primer torbellino de un huracán formidable.

El hierro caía como una lluvia sobre el repecho, en donde no se oía sino la crepitación de la fusilería, el ruido sorordo de las gábatas rodando entre la fosa y las balas que vibraban eternamente de un extremo á otro del campo de batalla, como las cuerdas tendidas de un instrumento siniestro y retumbante. De tiempo en tiempo, la bandera que se alzaba sobre las cabezas, agitándose el viento de la metralla, perdíase entre el humo; y una voz grave y fiera, hacía oír, dominando el estrépido de las armas y las quejas y juramentos de los heridos, estas breves palabras: "A la bandera, hijos míos, á la bandera"... Entonces un oficial, vago como una sombra, ágil como una flecha, desaparecía un instante entre la niebla roja; y la heroica enseña volvía á desenvolver sus pliegues por encima de la batalla.

Veintidós veces había caído... Veintidós veces su asta, tibia aún, fué heredada de la mano de un moribundo por un valiente que volvía á levantarla. Y cuando, ya por la noche, lo que quedaba del regimiento —un puñado de hombres apenas— se batió lentamente en retirada, aquel pabellón ya no era sino un andrajo glorioso en manos del sargento Hormus, vigésimo tercio abanderado de la jornada.

El tal sargento Hormus era un viejo tonto, que casi no sabía ni escribir su nombre y que había empleado veinte años en ganar los galones que adornaban la manga de su casaca. Todas las miserias del expósito y todos los atontamientos del cuartel, se reflejaban en su frente baja, en su espalda abovedada por el saco, en su rostro inconsciente de soldado humilde. Además, tenía el defecto de ser algo tartamudo; mas para ser abanderado no se necesita gran elocuencia y la misma tarde de la batalla su coronel le dijo: "Tú tienes la bandera, mi bravo sargento; guárdala". Y sobre su viejo uniforme de campaña, bien pasado ya, á causa de la lluvia y el fuego, la cantinera sobrecosió, al instante, un cordoncillo dorado de subteniente.

Este orgullo, único en su vida de humildad, jirguió el cuerpo del viejo militar; y la costumbre de andar encorvado, con los ojos bajos, se cambió desde entonces en el hábito de marchar orgullosamente, con la mirada en lo alto para ver flotar el fragmento de tela que se mantenía en sus manos, siempre derecho, siempre fiero, por encima de la muerte, por encima de la traición y por encima de la derrota.

Nadie ha visto, en época alguna, un hombre tan dichoso como Hormus, cuando en los días de batalla tenía el asta entre las manos afirmándola en su estuche de cuero negro. Ni hablaba ni se movía; y serio, como un sacerdote, tenía el aspecto de guardar una cosa sagrada. Toda su vida y toda su fuerza estaba concentrada en esos dedos que se crispaban al rededor de un harapo glorioso, sobre el cual rodaban las balas. Sus ojos llenos de fiera; miraban de frente á los prusianos y parecían decir: "Atreveos, pues; ensayad siquiera de venir á robármela!..."

Pero nadie, ni aun la misma muerte lo ensayaba. Después de Borny, después de Gravelotte, después de las batallas más terribles, la bandera continuaba su camino, deshecha, agujereada; trasparente, llena de heridas; mas era siempre el viejo Hormus quien la llevaba.

Después... llegó Septiembre, el ejército en Metz, el bloqueo, y esa larga parada en el fango, donde rodaban los cañones sin dirección y donde las primeras tropas del mundo desmoralizábase por el ocio y por la falta de viveres y de noticias, muriendo de fiebre y fastidio al pie de sus fusiles.

Ni los jefes ni los soldados creían ya en cosa alguna; sólo Hormus guardaba aún la confianza. Su harapo tricolor le hacía creer en todo; y mientras él lo sentía á su lado, estaba seguro de que nada se había perdido. Desgraciadamente, como ya nadie se batía, el coronel guardaba las banderas en su casa misma, en un barrio de Metz, y el bravo subteniente vivía como una madre que tuviese á su hijo en nodriza, pensando en él sin cesar. Cuando el fastidio lo atormentaba, hacía un viaje á Metz de donde regresaba contento, después de mirar su bandera, siempre en el mismo sitio, siempre tranquilo, siempre recostado magestuosamente contra el muro. Esos viajes que él verificaba en una sola jornada, hacían nacer en su alma el valor y la paciencia; hacíanle soñar con campos de batalla, con marchas gloriosas y con las grandes enseñas tricolores, flotando á lo lejos, en las trincheras prusianas...

La orden del día del Mariscal Bazaine, hizo rodar por tierra las bellas ilusiones. Una mañana, Hormus vió al despertarse, mucha agitación en el campamento. Los soldados, reuniéndose en grupos, murmuraban, animándose y excitándose con gritos de rabia; levantando los puños hacia un punto de la ciudad, como si sus cóleras designasen á un culpable... ¡Atrapadle!... ¡Fusílémosle!... Y los oficiales guardaban silencio, apartándose del bullicio avergonzados de haber lef-

do á cincuenta mil valientes, bien armados aún, aún vigorosos, la orden del mariscal que los entregaba sin combate al enemigo...

—Y las banderas? preguntó Hormus palideciendo... Las banderas también habían sido embargadas con los fusiles, con el resto de los equipajes, con todo....

—¡Ra... Ra... Rayo de Dios!... balbuceó el pobre hombre... —En todo caso, aún no tendrán la mia... Y, ligero como una bala, se echó á correr hacia la ciudad.

También en Metz la animación era inmensa. Los guardias nacionales, los guardias móviles y los burgueses, se agitaban gritando; las diputaciones recorrían las calles vibrantes y precisadas, dirigiéndose á la casa del mariscal. —Hormus no veía nada, no oía una palabra; hablando consigo mismo subía á grandes pasos la calle de Faubourg.

—¡Robarme mi bandera!... Pues no faltaba más!... Acaso es posible robar una bandera!... Acaso tienen derecho!... Si les quiere dar algo á los prusianos que les dé lo suyo... sus carrozas doradas, su vajilla magnífica traída de México... Pero mi pabellón... El papellón es mío... El pabellón es mi dicha, mi fortuna. Y yo prohibo terminantemente que lo toqueis!

Todas estas frases incompletas, estaban cortadas por la marcha y la tartamudez. Pero en el fondo, él tenía su idea; una idea bien firme, bien precisa tomar la bandera llevarla flotante al seno del regimiento y pasar luego sobre el vientre de los prusianos con todos los que quisieron seguirle.

Cuando llegó al fin de su camino, ni siquiera le dejaron entrar. El coronel, furioso también, no quería recibir á nadie... Pero el viejo Hormus no entendía así el asunto, y jurando, gritando y empujando al plantón, "mi bandera, decía, dadme mi bandera!... Al fin se abrió una ventana.

—¿Eres tú, Hormus?

—Si, mi coronel, yo...

—Todos los pabellones están en el arsenal... no tienes necesidad sino de presentarte ahí para que te den un recibo

—¿Un recibo?... ¿Para qué?

—Es la orden del mariscal...

—Pero..., coronel...

—Déjame en paz!... —Y la ventana se cerró.

El viejo Hormus vaciló como si estuviese borracho y repitió entre dientes:

—¡Un recibo... Un recibo!

Al fin, púsose en marcha, por segunda vez, no pensando sino en que su bandera estaba en el Arsenal y que era necesario volverla á ver, costara lo que costara,

Las puertas del Arsenal estaban completamente abiertas para dejarle paso libre á los carros prusianos; que esperaban su cargamento en el patio inmenso. Hormus sintió, al entrar, que un escalofrío agitaba sus nervios. Todos los demás abanderados, cincuenta ó sesenta oficiales, silenciosos é indignados, estaban allí... Y todos aquello